

DE LA REPÚBLICA.

LIBRO PRIMERO.

..... A no ser por esta virtud (1), C. Duclio, Aulo Atilio, y L. Metelo no hubiesen libertado á Roma del terror de Cartago; los dos Scipiones no habrían apagado con su sangre el naciente incendio de la segunda guerra púnica; ni al estallar con mayor violencia, no lo hubiera combatido victoriosamente Q. Máximo, ni ahogado M. Marcelo, ni separado de las puertas de la ciudad que asediaba, hubiéralo P. Scipión el Africano arrojado dentro de las murallas enemigas. M. Catón, desconocido y nuevo entonces, á quien todos los que seguimos sus huellas con-

(1) Mgr. Angelo Mai cree que Cicerón hablaba aquí de la invasión de los Galos ó de la de Pirro. Falta las treinta y cuatro páginas primeras del manuscrito.

sideramos como modelo de actividad y virtud, pudo sin duda saborear los ocios de Túsculo, paraje tan saludable é inmediato á la ciudad. Mas no faltan quienes le consideran insensato (1) por exponerse, sin que á ello le obligase la necesidad, á luchar hasta la extrema vejez en el tempestuoso mar de los negocios públicos, prefiriendo esta agitación al reposo de vida retirada y pacífica. Paso en silencio los innumerables varones que han prestado á la patria esclarecidos servicios, y desisto especialmente de nombrar á los que están cercanos á nuestra época, para que nadie pueda quejarse de mi silencio acerca de él mismo ó de alguno de los suyos. Lo único que quiero hacer constar es que, por la naturaleza misma, tiene tal necesidad de virtud el género humano y le ha comunicado tan fuerte ardimiento por la salvación común, que esta fuerza vence todos los alicientes de la molicie y del reposo.

No ha de poseerse la virtud á la manera de un arte cualquiera, sin practicarla. El arte que no se practica puede poseerse como ciencia; pero la virtud consiste precisamente en la práctica, su mejor empleo es el gobierno de los asuntos públicos y su completo perfeccionamiento en la realización, no con palabras, sino con obras, de todas las grandes cosas que se proclaman en las escuelas. Nada han dicho

(1) Los Epicúreos, que tenían por máxima: *Sapiens ne accedat ad rempublicam.*

los filósofos, que sea recto y honesto, que no hayan descubierto y practicado los legisladores de los pueblos. ¿De dónde procede la piedad? ¿de dónde la religión? ¿de dónde el derecho público ó ese otro que llaman civil? ¿de dónde la justicia, la buena fe, la equidad? ¿de dónde el pudor, la continencia, el horror á la torpeza, el deseo de honor y fama? ¿de dónde la fortaleza en los trabajos y peligros? De aquellos que, habiendo depositado en la educación los gérmenes de estas virtudes, inculcaron unas en las costumbres y sancionaron las otras con las leyes. Dícese que habiendo preguntado al esclarecido filósofo Xenócrates qué ganaban sus discípulos, contestó: «Aprenden á hacer por su propio impulso lo que las leyes mandan practicar.» Luego aquel ciudadano que consigue de todo un pueblo, por mediò del saludable imperio y el freno de las leyes, lo que con sumo trabajo alcanzan los filósofos con sus discursos inculcar á unos pocos, debe colocarse muy por encima de todos los doctores que acerca de tales cosas discurren. ¿Qué cosa hay exquisita en los discursos de éstos que merezca anteponerse á un estado perfectamente organizado sobre la base del derecho público y las costumbres? Y como considero superiores

..... las ciudades grandes y dominadoras,

como las llama Ennio, á las aldeas y castillos, así también me parece que la sabiduría de los que gobiernan estas ciudades con su consejo y autoridad es muy su-

perior á la de aquellos que imaginan teorías mostrándose alejados de los negocios públicos. Y puesto que nuestro mayor deseo es aumentar el caudal del género humano; puesto que nuestro empeño consiste en hacer más robusta y opulenta la vida de los hombres; puesto que la naturaleza misma nos imprime el impulso, perseveremos en este camino, que siempre fué el de los mejores, y cerremos los oídos á la señal de retirada de los que quisieran hacer retroceder hasta á los que ya pasaron.

A razones tan claras y tan ciertas suelen oponer aquellos que sostienen lo contrario, primero los rudos trabajos que son necesarios para defender la República, obstáculo harto débil para el hombre vigilante y activo, y despreciable no solamente en comparación de cosa tan grave, sino que también en los asuntos de menos cuantía y más sencillos. Añaden el peligro de la vida, tratando de inspirar á los hombres esforzados el temor de la muerte, cuando éstos consideran como mayor desgracia que los consuma lentamente la vejez que hacer á su patria, en sazón oportuna, el sacrificio de una vida que, tarde ó temprano, han de rendir á la naturaleza. Los adversarios se creen elocuentes y triunfantes cuando enumeran todos los infortunios de los grandes hombres y las injurias que les han inferido sus ingratos conciudadanos. Muchos ejemplos les suministran los Griegos: Milcíades, vencedor y dominador de los Persas, no cicatrizadas todavía las heridas que recibió en su preclara victoria.

pierde en las prisiones de su patria la vida que no pudieron arrancarle tan esforzados enemigos; Temístocles, proscrito por el pueblo que había libertado, temiendo por su existencia, tuvo que refugiarse, no en los puertos de la Grecia que había salvado, sino en las playas de los bárbaros que había vencido. No faltan ciertamente ejemplos de la inconstancia de los Atenienses ni de su crueldad con sus varones más eminentes; inconstancia que, nacida entre ellos, se ha propagado, según dicen, á nuestra grave ciudad. Cítase el destierro de Camilo, el odio que persiguió á Ahala, la impopularidad de Nasica (1), la proscripción de Lenas, la condenación de Opimo, la fuga de Metello, el horrible asesinato de C. Mario, la matanza de príncipes y los terribles azotes que de cerca les siguieron. Ni siquiera omiten mi propio nombre, y creo que, considerando que á costa de mis vigiliass y peligros han conservado vida y reposo, me compadecen más profundamente que á los otros. Mas no puedo comprender cómo aquellos que para aprender y ver cruzan los mares.....

(Faltan dos páginas.)

..... cuando al salir del consulado (2) jure ante

(1) Para libertar á Nasica del odio popular, se le re-legó al Asia, bajo el pretexto de una embajada.

(2) El consulado de Cicerón precedió en diez años á la composición de su tratado sobre la República.

el pueblo romano, reunido en asamblea, que había salvado la República, y así también lo juró el pueblo, encontréme suficientemente recompensado de las injurias, cuidados y molestias que había soportado. Encontré, sin embargo, en mi desgracia misma más honra que trabajo, menos sufrimiento que gloria, y los sentimientos de los buenos me produjeron mayor regocijo que tristeza la alegría de los malvados. Mas si, como dije (1), hubiera ocurrido lo contrario, ¿de quién podría quejarme? Nada podía sorprenderme, ni nada tan grave había de acontecerme que no lo esperase como recompensa de mis importantes servicios. Y tanto es así, que si bien podía recoger de la tranquilidad fruto más grato que todos los demás por la suave variedad de los estudios en que me ejercitaba desde la infancia, y si sobrevenia una calamidad general no tenía que soportar mayor parte, sino una igual á la de los demás, no hubiese vacilado en arrostrar las tempestades más violentas, y hasta el rayo mismo, con tal de salvar á mis conciudadanos y atender con mis propios riesgos á la seguridad general. Porque la patria no nos ha engendrado y educado para no recibir de nosotros frutos algún día, sino otro objeto que el de atender á nuestros especiales intereses y proteger nuestra tranquilidad y quietud, sino para tener derecho sobre las mejores facultades

(1) El pasaje á que alude el autor se encontraba indudablemente en las primeras páginas de este libro, que no constan en el manuscrito.

de nuestra alma, de nuestro ingenio, de nuestra razón, y emplearlas en servicio propio, sin abandonar á nuestro uso privado más que la parte que á ella le sobra.

No debemos ciertamente prestar oídos á las excusas de aquellos que quieren saborear continuamente el ocio: dicen que ocupan los cargos de la República hombres incapaces de bien, en cuya compañía fuera vergonzoso encontrarse, y con quienes sería desagradable y peligroso luchar, sobre todo cuando se encuentra conmovida la multitud. Demencia es querer empuñar las riendas del gobierno, puesto que no pueden dominarse los ciegos y terribles arrebatos del vulgo, ni es honroso combatir con adversarios inmundos y culpables, que no tienen otras armas que las injurias, los ultrajes y las afrentas que el sabio no debe soportar (1); como si los hombres valerosos, es-

(1) Curioso es comparar con toda esta primera parte lo que Cicerón dice en el tratado *de Officiis*:

«Tal vez sería conveniente conceder la libertad de apartarse de los negocios públicos, tanto á aquellos que, dotados de grande ingenio, se dedican completamente á los estudios especulativos, como á los que, por debilidad de salud ó por cualquiera otra causa razonable, han renunciado á la administración del Estado, dejando á otros la autoridad y la gloria. En cuanto á los que no tienen ningún motivo de estos y pretenden menospreciar lo que ha deslumbrado á tantos otros, los mandos y magistraturas, antes me parecen dignos de censura que de alabanza... Los que han recibido de la naturaleza espíritu propio para los negocios, deben presentarse sin vacilar para las magistraturas y administración de la República.»

forzados y de levantado ánimo pudiesen alguna vez ambicionar el gobierno con otro objeto que el de rechazar el yugo de los malvados, no permitir que despedacen la República, que algún día querrían inútilmente salvar los buenos.

¿Y quién puede probar la exención de que el sabio no puede mezclarse en los negocios de la República á no ser que le obliguen la necesidad y dificultades de los tiempos? Nunca estrecharon á nadie circunstancias más críticas que á mí. ¿Qué hubiese podido hacer en ellas, de no ser cónsul? ¿Y cómo hubiera podido ser cónsul á no seguir desde la infancia esta carrera que desde el rango de caballero en que nací me llevó al honor supremo? No puedes acudir cuando quieras y como quieras en socorro de la República estrechada de peligros si no te has colocado en condición que te permita hacerlo. Lo más admirable que encuentro en los discursos de estos doctos varones es que aquellos que no se creen capaces de ser pilotos en mar tranquilo, porque no aprendieron á serlo ni se curaron de ello, se crean aptos para empuñar el timón en medio de embravecidas olas. Públicamente dicen, y hasta se glorían de ello, que no enseñan el arte de organizar y gobernar las repúblicas, añadiendo que esta ciencia no es propia de los hombres doctos y sabios, debiendo dejarse á los que se dedican exclusivamente á ella. ¿Cómo prometen entonces su concurso á la República cuando la necesidad les obligue á ello? ¿Cómo, si se confiesan inca-

paces de tomar parte en los negocios públicos en tiempos ordinarios, que son incomparablemente más fáciles? Pero concedamos que el sabio no se ocupa voluntariamente de los negocios públicos, aunque, si las circunstancias le obligan, no rechazará la carga que le impongan; diré, sin embargo, que no debe despreciar el estudio de los asuntos civiles, porque debe procurarse todos los medios que tal vez tendrá que emplear alguna vez.

Me he extendido sobre este punto, porque estos libros constituyen una discusión propuesta y sostenida por mí acerca de la república, y para no hacerla inútil debía ante todo combatir las dudas que alejan de la vida pública. Si existen algunos que necesitan para quedar convencidos la autoridad de los filósofos, estudien y escuchen á aquellos que conquistaron los primeros y más gloriosos puestos entre los varones más doctos; verán lo que pensaron aquellos grandes maestros, aunque no todos rigieron repúblicas, pero que meditando y escribiendo sobre los negocios públicos, ejercieron una manera de magistratura. De aquellos siete que los Griegos llamaron sabios, los veo á casi todos mezclados en los asuntos públicos. Y es que nada existe que más acerque la virtud humana á la de los Dioses que fundar sociedades nuevas ó conservar las ya establecidas.

Por lo que á nosotros hace, podemos emprender este trabajo, porque hemos conseguido ilustrar nuestro gobierno con acciones dignas de memoria, y hemos

adquirido por la experiencia, el estudio y uso constante de comunicar nuestros conocimientos, cierta facilidad para tratar estas materias; en tanto que nuestros antecesores, ó fueron elegantes escritores que no realizaron acción alguna memorable, ó fueron hábiles gobernantes con ruda palabra. Por otra parte, no intento desenvolver un sistema nuevo inventado por mí, sino referir con fidelidad y como la cimos de boca de P. Rutilio Rufo (1), cuando siendo muy jóvenes tú y yo permanecemos bastantes días en Smirna, la controversia de algunos antiguos Romanos, los más ilustres de su época y los más sabios de nuestra ciudad; controversia en la que creo no se omi-

(1) Este Rutilio, discípulo del filósofo Panecio y sectario de la escuela estoica, fué uno de los hombres más virtuosos de la antigua Roma. Fué amigo de Scipión y su compañero de armas en el sitio de Numancia. Escribió en griego una Vida de este grande hombre y una historia de la República. También escribió su propia Vida, cosa que en él, según Tácito, antes era confianza en la virtud que ostentación de amor propio. Desterrado por una intriga de los caballeros romanos, cuyas concusiones había reprimido, vivió en Smirna y llegó á ser ciudadano de ella. Vese, pues, con cuánta verosimilitud y con cuánto gusto pudo suponer Cicerón tal oyente en la conversación que iba á referir. Esta especie de tradición oral, imitación de Platón, aparece aquí con suma habilidad. Un amigo de Scipión, un sabio tan incorruptible como eminente, es quien, en el destierro que le merece su virtud, refiere á Cicerón, muy joven todavía, lo que había oído al Africano. ¡Bella y sencilla ficción! Entre el grande hombre cuyas palabras se transmiten, y Cicerón que las escribe, media el testimonio del más virtuoso de los Romanos.

tió nada de cuanto interesa al gobierno de la República.

En el año del consulado de Tuditano y Aquilio, Publio el Africano, hijo de Paulo, había decidido pasar las Ferias latinas(1) en sus jardines, habiéndole prometido sus amigos más íntimos visitarle con frecuencia en aquellos días, y cuando comenzaba el primero, vió entrar antes que otro alguno á Q. Tuberón, hijo de su hermana. Mucho agradó á Scipión la visita, recibióle amistosamente y se entabló el diálogo siguiente:

SCIPIÓN.—¿Cómo tan de mañana, Tuberón? Estos días de descanso te ofrecían hermosa ocasión para entregarte á tus estudios favoritos.

TUBERÓN.—Tiempo tengo para ocuparme de mis libros, que nunca están ocupados; pero es cosa rara encontrarte á tí ocioso, especialmente en tiempos tan borrascosos para la República.

SCIPIÓN.—Ocioso, sí; pero, á fe mía, que lo estoy más de cuerpo que de espíritu.

TUBERÓN.—Necesario será, sin embargo, que concedas también algún reposo á tu espíritu, porque hemos convenido muchos, si no te somos importunos, en venir á disfrutar de tu compañía durante el descanso que conceden las Ferias.

SCIPIÓN.—Mucho me agradará, y creo que algo adelantaremos en el estudio de la ciencia.

(1) Los diálogos acerca de la *Naturaleza de los Dioses* los coloca también Cicerón en la época de las Ferias latinas.

TUBERÓN.—Puesto que á ello me alientas y en cierta manera me invitas, ¿quieres, oh Africano, que examinemos juntos, antes de que lleguen nuestros amigos, qué sea ese segundo sol de que se ha hablado en el Senado? Muchos y dignos de crédito aseguran haber visto dos soles (1), por lo que antes que negar el hecho, ha de buscarse explicación de él.

SCIPIÓN.—Sensible es que no se encuentre aquí nuestro amigo Panecio (2), que en medio de sus estudios, con tanto cuidado se ocupa de los fenómenos celestes. Pero por mi parte, Tuberón (3) (porque conti-

(1) «En fin, dos soles, como oí decir á mi padre que aparecieron bajo el consulado de Tuditano y Aquilio, el mismo año en que se extinguió otro sol, es decir, Scipión el Africano; todo esto, repito, espantó á los hombres.»—(Cicerón, *De la Naturaleza de los Dioses*, II.)

(2) Algunos sabios han hablado de los dos Panecios, ambos filósofos y nacidos en la isla de Rodas: este de quien se trata en el texto es el más célebre, ó por mejor decir, el único célebre. Había sido maestro y amigo de Scipión el Africano, que en su famosa embajada de Egipto, cerca de los reyes de Asia, hizo que le acompañara. Pertenecía á la escuela estoica y había escrito muchas obras sobre materias de filosofía: sabido es que Cicerón copió de un libro de este griego la mayor parte del inmortal tratado *De Officiis*. Un pasaje del diálogo *De Legibus* prueba que Panecio había escrito con igual éxito sobre la política y el gobierno, y vemos aquí que cultivaba las ciencias naturales. Entre los discípulos de Panecio se encontraban cuatro de los interlocutores de este diálogo, Scipión, Lelio, Rutilio y Fannio.

(3) Quinto Elio Tuberón era nieto de Paulo Emilio y sobrino de Scipión. Dedicóse mucho al estudio de la filosofía y había adoptado la de los Estoicos. La austeri-

go he de hablar francamente), no asiento por completo á la opinión de nuestro amigo, quien, muchas cosas sobre las que ya es atrevimiento conjeturar las trata con tanta seguridad como si las viese con los ojos y las tocase con las manos. Por esta razón considero mucho más sabio á Sócrates, que se apartó de curiosidades, teniendo como máxima que el descubrimiento de los secretos de la naturaleza, ó es superior al alcance de nuestra mente, ó de poca monta para la vida de los hombres.

TUBERÓN.—Ignoro, oh Africano, por qué se ha creído que Sócrates prohibía todas las investigaciones físicas y solamente se ocupaba de la moral. ¿Quién puede darnos á conocer este filósofo con más autoridad que Platón? Y vemos en muchos pasajes de los libros de éste, que Sócrates habla no solamente de costumbres, virtudes, república, sino que también de números, de geometría y armonía á la manera de Pitágoras.

SCIPIÓN.—Así es, como dices, Tuberón; mas creo haberte oído que, después de la muerte de Sócrates, impulsado por el deseo de saber, marchó Platón primeramente á Egipto, viniendo más tarde á Italia y Sicilia para instruirse en la doctrina de Pitágoras; tuvo mucho trato con Arquitas Torentino y con Timéo de Locros, que recogió todas las obras de Filolao,

dad de sus principios perjudicó á su elevación política y á su elocuencia. El pueblo romano se escandalizó al ver su impasibilidad en los funerales de Scipión.

y que en aquellas comarcas, llenas por entonces de la fama de Pitágoras, se entregó á los Pitagóricos y á sus estudios predilectos. Mas como había consagrado ante todo exclusivo culto á Sócrates y quería dedicárselo todo, unió con especial arte la sutileza de la locución socrática con la oscuridad y graves enseñanzas de Pitágoras.

Apenas había dicho esto Scipión, cuando vió entrar á L. Furio Filo, á quien saludó amistosamente, le cogió la mano y le sentó á su lado. Al mismo tiempo llegó P. Rutilio, que nos ha trasmitido esta conversación, y después de saludarle, le hizo sentar junto á Tuberón.

FURIO.—¿De qué os ocupábais? ¿Ha interrumpido vuestra conversación nuestra llegada?

SCIPIÓN.—De ninguna manera, porque tú examinas atentamente las cuestiones á que pertenece la que Tuberón investigaba hace poco. En cuanto á Rutilio, recuerdo que, bajo las mismas murallas de Numancia (1), solía departir conmigo acerca de asuntos de esta clase.

FILo.—Pero en fin ¿de qué se trataba?

SCIPIÓN.—De esos dos soles, sobre los cuales, oh Filo, deseo conocer tu opinión.—

Un esclavo anunció en aquel momento que Lelio había salido de su casa y se dirigía á los jardines.

(1) Rutilio escribió la historia de la guerra de Numancia.

Scipión se calzó y vistió (1) entonces, y saliendo de su cámara, avanzó algunos pasos en el pórtico, donde encontró y recibió á Lelio (2) y con él á Spurio Mummio, á quien profesaba particular afecto, C. Fannio y Q. Scévola, yernos los dos de Lelio, jóvenes muy instruidos y que habían llegado á la edad de la cuestura (3): habiendo saludado á todos, volvió en el pórtico, dejando el centro á Lelio. En la amistad de los dos existía á manera de convenio, que en los campamentos respetase Lelio al Africano como á un dios, á causa de su inmensa gloria, y en las casas mostrase Scipión filial reverencia á Lelio, á causa de ser éste mayor que él. Habiendo cambiado algunas palabras y dado algunos paseos, Scipión, á quien regocijaba la llegada de sus amigos, les invitó á descansar en el sitio de los jardines más expuesto al sol, porque se

(1) Los Romanos tenían como nosotros dos especies de calzado, los *soleæ* y los *calcei*; el primero para la habitación, el segundo para salir.

(2) Casi todos los personajes que Cicerón coloca aquí figuran en su tratado de la *Amistad*. Inútil es citar á Lelio, tan conocido como Scipión mismo, porque la amistad de un hombre grande es casi participación de su gloria. Fannio había escrito los *Anales* que Cicerón alaba en otro lugar, y de los que Bruto no desdeñó hacer un compendio. Quinto Scévola es el mismo que en su vejez fué para Cicerón objeto de tierna veneración y asiduos cuidados. Espurio Mummio era hermano de Mummio el que tomó á Corinto. Conocía mejor que aquél las artes de la Grecia, había estudiado la filosofía estoica y escribió muchas arengas políticas.

(3) Podían nombrarse cuestores á los veintisiete años.

encontraban en invierno; y cuando iban á hacerlo así, presentóse un varón muy ilustrado, igualmente agradable y querido de todos, M. Manilio, á quien Scipión y sus amigos recibieron plazeramente, sentándose al lado de Lelio.

FILO.—Paréceme que la llegada de nuestros amigos no debe hacernos cambiar de conversación, sino que nos obliga solamente á tratar el asunto con mayor cuidado para decir algo digno de los que nos oyen.

LELIO.—¿De qué tratabais, y qué conversación hemos interrumpido?

FILO.—Preguntábame Scipión qué pensaba yo acerca de cierta aparición de dos soles.

LELIO.—¡Cómo, Filo! ¿estamos ya enterados de todo lo que ocurre en nuestras casas ó interesa á la República, para investigar lo que acontece en el cielo?

FILO.—¿Acaso crees que no nos interesa mucho conocer lo que ocurre en nuestra morada, que no es precisamente la que constituyen las paredes de nuestra casa, sino que es tan vasta como el mundo, patria y domicilio que los Dioses nos han dado para compartirla con ellos? Además, si ignoramos lo que pasa en los cielos, muchas y muy grandes cosas quedarán desconocidas para nosotros. Para mí, y á fe mía, para tí también, Lelio, y para todos los amantes de la sabiduría, el estudio y la contemplación sola de estas grandes cosas es inmenso goce.

LELIO.—No me opongo á ello, y menos en días de

feria; mas ¿podemos escuchar algo aún ó hemos llegado tarde?

FILO.—No habíamos comenzado; el terreno está virgen, y dispuesto estoy, oh Lelio, á cederte la palabra.

LELIO.—Mejor es escucharte, á no ser que Manlio quiera transigir el pleito entre los dos soles y designar á cada uno de ellos la posesión perpetua de una parte del cielo (1).

MANLIO.—¿Quieres, oh Lelio, burlarte de una ciencia en la que tú mismo sobresaes y sin la cual ninguno podría saber lo que es suyo y lo que no le pertenece? Mas ya hablaremos de esto; escuchemos ahora á Filo, á quien veo se ha consultado acerca de asunto más grave que los que ordinariamente nos ocupan á P. Mucio y á mí.

FILO.—Nada nuevo he de deciros, ó que yo haya descubierto ó meditado; pero recuerdo que C. Sulpicio Galo (2), hombre muy docto, como sabéis, encontrándose casualmente en casa de M. Marcelo, que había

(1) Cicerón bromea aquí con una fórmula del derecho romano, alterándola un poco para acomodarla á su pensamiento. Gayo nos ha conservado esta fórmula, por la que el pretor ponía ciertos bienes en interdicho: «*Et si nunc possidetis, quominus ita possideatis, vim fieri veto.*»

(2) Cicerón nombra muchas veces á este Galo por sus conocimientos y afición á la astronomía. Plinio lo cita como sostenedor de las doctrinas de Pitágoras, quien creía que la Tierra distaba de la Luna 126.000 estadios, y del Sol doble distancia.

sido en otra época cónsul con él, recayó la conversación en un prodigio igual á este, y que Galo hizo traer aquella esfera, único despojo con que el abuelo de M. Marcelo quiso adornar su casa después de la toma de Siracusa, ciudad tan magnífica y opulenta. Muchas veces había oído hablar de aquella esfera á causa de la fama de Arquímedes, pero no me admiró al pronto, porque Marcelo había depositado en el templo de la Virtud otra esfera de Arquímedes, mucho más hermosa y más conocida del vulgo. Mas cuando Galo comenzó á explicarnos con extraordinaria ciencia la composición de aquel aparato, no pude menos de considerar que había más ingenio en aquel Siciliano del que creo capaz á la naturaleza humana (1). Decíanos Galo que el invento de la otra esfera sólida y maciza era mucho más antiguo, y que el primer modelo lo construyó Tales Milesio; que más adelante, Eudoxio Cnidio, discípulo según decía de Platón, representó en su superficie los diferentes astros inherentes al cielo, y que muchos años después, Arato, que no era astrónomo, pero que gozaba de ciertas facultades poéticas, describió en verso todo el cielo de Eudoxio. En esta esfera sólida no pudieron representarse los movimientos del Sol, de la Luna ni de las cinco estrellas que lla-

(1) Sabido es que Cicerón, ansioso siempre por el estudio, buscó y descubrió en Siracusa el sepulcro de Arquímedes, olvidado en un paraje desierto, rodeado de hierbas, cuyo sepulcro únicamente podía reconocerse por la figura de una esfera que lo coronaba.

mamos errantes y como vagas; siendo de admirar el invento de Arquímedes por el arte con que supo combinar en una sola rotación todos los movimientos desiguales y desemejantes de los astros. Cuando Galo imprimía movimiento á la esfera (1), veíase sucesivamente suceder la Luna al Sol dando una vuelta en el círculo de la misma manera que lo reemplaza en el cielo con el intervalo de un día; veíase, por consiguiente, desaparecer el Sol como en el cielo y venir poco á poco la Luna á sumergirse en la sombra de la Tierra en el momento mismo en que el Sol, por el lado opuesto....

(Según Mgr. Angelo Mai, faltan aquí ocho páginas.)

SCIPIÓN.—.....Mucho quería yo á Galo, y sabía que mi padre Paulo le había apreciado y estimado sobre manera. Recuerdo que en mi juventud (2), siendo mi padre cónsul en Macedonia, encontrándonos acampados, invadió una noche á todas nuestras legiones

(1) La célebre esfera que aquí se describe era, como puede comprenderse, hueca y parecida á la móvil que los ingleses llaman *Oreria*, del nombre de un célebre protector de las ciencias que hizo construir este aparato. Era muy débil copia de nuestro mundo planetario y de sus revoluciones. Con los conocimientos actuales pueden menospreciarse aquellos trabajos, pero fácil es concebir la admiración que debían causar á los antiguos.

(2) Scipión tenía diez y siete años cuando acompañó á su padre á Macedonia

terror religioso, porque la Luna, que se encontraba en todo su esplendor, se oscureció de repente. Entonces Galo, que era nuestro legado, un año antes de ser nombrado cónsul, no dudó en declarar á la mañana siguiente en el campamento que no se había realizado ningún prodigio (1); que aquel fenómeno estaba en el orden de la naturaleza y se repetiría en períodos determinados, cuantas veces se encontrase situado el Sol de manera que su luz no pudiese iluminar la Luna.

TUBERÓN.—Mas ¿cómo pudo hacer comprender eso á hombres tan rudos, y se atrevió á hablar de tal manera á gentes tan ignorantes?

SCIPIÓN.—Hízolo, y con grande.....

(Según Mai, faltan aquí dos páginas al menos.)

.....sin vana ostentación ni lenguaje indigno de varón grave; y no consiguió poco despojando del temor y vanas supersticiones á aquellos hombres aterrados.

Una cosa muy parecida aconteció durante la empeñada guerra que se hicieron Atenienses y Lacedemonios con violencia tan terrible. Dícese que Pericles, el varón más notable de su país por su autoridad, elocuencia y consejo, viendo á los Atenien-

(1) Plinio llama á los eclipses de Sol y de Luna «la cosa más admirable de la naturaleza y más parecida á un prodigio.»

ses aterrados por un eclipse de sol que les sumió en repentina oscuridad, les explicó lo que él mismo había aprendido de su maestro Anaxágoras; esto es, que aquel fenómeno entraba en el orden de la naturaleza y se reproducía en épocas determinadas, y necesariamente cuando la Luna se colocaba por completo delante del Sol, y que si bien no se verifica todos los meses, ocurre precisamente en época de luna nueva: Habiendo explicado el fenómeno por medio de racionios, libertó del terror al pueblo (1): era entonces cosa nueva y desconocida la explicación de los oscurecimientos del Sol por la interposición de la Luna, y dicese que Tales de Mileto fué el primero que así lo comprendió. Más adelante lo conoció también nuestro Ennio, quien escribe que hacia el año 350 de la fundación de Roma,

«En las nonas de junio la Luna y la oscuridad ocultaron al Sol.»

Y en esta materia tal es la exactitud de los cálculos y habilidad de los astrónomos, que, á contar desde el día que designó Ennio, y está consignado en los

(1) Dice Plutarco que habiendo aterrado un eclipse de sol á toda la escuadra de los Atenenses, Pericles extendió su manto ante los ojos de un piloto, y le preguntó si la oscuridad en que quedaba le parecía un prodigio. El piloto contestó que no. «Pues bien, dijo Pericles, toda la diferencia que hay entre tí y la tierra en este momento es que el cuerpo que la oculta la luz del sol es más grande que mi manto.

Anales máximos (1), se han enumerado todos los eclipses de sol anteriores hasta el de las nonas de julio, ocurrido en el reinado de Rómulo, cuya repentina oscuridad dió lugar á que se dijese que Rómulo, á pesar de que su naturaleza le llevó al fin ordinario, había sido arrebatado al cielo por modo sobrenatural.

TUBERÓN.—¿Ves, Africano, como á pesar de lo que poco ha decías... (2).

(Faltan dos páginas.)

SCIPIÓN.—..... Mas ¿qué cosa humana puede parecer grande al que ha contemplado esos reinos de los Dioses? ¿Qué es duradero para el que conoce lo eterno? ¿Y qué es la gloria para el que ha considerado cuán pequeña es la tierra, y hasta qué escasa parte de su superficie habitan los hombres, para esperar que desde el ignorado rincón que ocupamos, desconocido para tantas naciones, nuestro nombre se difunda y resuene á lo lejos? ¿Qué son todos los bienes de esta

(1) Llamábanse así estos Anales porque los consagraba el pontífice máximo.

(2) Esta laguna hace perder el hilo de las palabras de Tuberón, y mutila á la vez la primera frase de Scipión, cuyo sentido se adivina fácilmente. Es de creer que después de algunas otras palabras, el Africano explicaba sus ideas acerca de los estudios astronómicos con relación á la contemplación del cielo, llegando así al admirable pasaje que se lee en el texto.

vida para el que no consiente contemplar como tales, campos, casas, rebaños, tesoros, porque considera pequeño su goce, muy limitado su uso, incierta la posesión, y que con frecuencia hasta los hombres más despreciables consiguen riquezas inmensas? Solamente puede estimarse afortunado aquel que goza de todas las cosas, no por el derecho de los Quirites, sino por el de la sabiduría; no por contrato civil, sino por la ley común de la naturaleza, que solamente reconoce como poseedores de las cosas á aquellos que saben servirse de ellas: el que considera los mandos y el consulado mismo pesados deberes que han de aceptarse y no honores y utilidades que ambicionar: que puede asegurar de sí mismo como mi abuelo el Africano solía decir de Catón: «que nunca era más activo que cuando no hacía nada, y que jamás se encontraba menos solo que en la soledad.» ¿Quién podrá creer, en verdad, que Dionisio, al arrebatar con sus maquinaciones la libertad á sus compatriotas, realizaba una obra más grande que su conciudadano Arquímedes inventando en su aparente ociosidad esa esfera de que hablábamos hace poco? Quien entre la multitud y en pleno foro no encuentra á nadie con quien le sea grato departir, ¿no está más solo que aquel que, sin testigos, departe consigo mismo, ó trasladándose á la sociedad de los doctos, se deleita con sus descubrimientos y sus escritos? ¿Puede encontrarse hombre más rico que aquel á quien nada falta de lo que la naturaleza exige; más

poderoso que el que consigue cuanto desea; más feliz que aquel cuyo ánimo se encuentra libre de toda perturbación; más sólidamente rico que el que, como decirse suele, puede salvar en el naufragio todos sus tesoros consigo? ¿Qué mando, qué magistratura, qué reino es superior al de aquel que considerando desde lo alto todas las cosas humanas y viéndolas inferiores á la sabiduría, solamente se detiene en los objetos eternos y divinos; que está persuadido de que, si todos se llaman hombres, solamente deben llevar este nombre aquellos que han recibido la cultura y conocimientos que hacen el verdadero hombre? Por esta razón me parecen muy elocuentes aquellas palabras de Platón ó del filósofo que las dijera. Una tempestad le había arrojado á playa desconocida y desierta; mientras sus compañeros se encontraban temerosos por la ignorancia del paraje en que se hallaban, descubrió, según dicen, algunas figuras geométricas trazadas en la arena (1), y exclamó: «Tened ánimo, veo aquí vestigios humanos,» vestigios que no encontraba en el cultivo de los campos, sino en el hallazgo de señales de la ciencia. He aquí, Tiberón, por qué

(1) Vitruvio y Galieno atribuyen esta frase al filósofo Aristipo. «Aristipo, dice éste, arrojado cerca de Siracusa por un naufragio, se regocijó y cobró esperanza al ver trazada en la arena una figura geométrica: consideró que no arribaba á tierras salvajes, sino á playas griegas, a pueblo civilizado.» Vitruvio se acerca más á Cicerón y hace decir al filósofo: «Esperanza, compañeros; veo vestigios de hombres.»

me han agradado siempre la ciencia y los sabios, y en particular tus estudios favoritos.

LELIO.—No me atrevo á objetar nada á lo que acaba de decir Scipión, ni tampoco á Filo ó Manlio....

(Faltan dos páginas.)

....Hemos tenido en la familia de Tuberón un amigo muy digno de servirle de modelo,

«Elio Sexto, aquel varón tan sabio y cuerdo,»

sabio y cuerdo en verdad, como atinadamente le llamó Ennio, no porque se fatigase el espíritu buscando lo que no puede encontrarse, sino porque daba á los que le interrogaban respuestas que les tranquilizaban y libertaban de apuros. Combatía éste con rudeza la astronomía de Galo y tenía siempre en boca estos versos de Aquiles en *Ifigenia* (1):

«Observan los astrólogos los movimientos del cielo, Júpiter, la cabra, el escorpión y no sé qué otros animales; no ven lo que tienen á los pies y quieren penetrar en los asuntos celestes.»

Decía también (le escuchaba yo con mucha frecuencia y gran placer) que el Zetho de Pacuvio era demasiado enemigo de la ciencia; que le agradaba más el Neoptolomeo de Ennio, que le gustaba filoso-

(1) Dos poetas, Ennio y Nevio, habían escrito dos tragedias con este título. Probablemente la cita de Cicerón se refiere á la de Ennio.

far, pero poco, porque mucho no podía deleitarle. Así, pues, si los estudios de los Griegos tienen encanto para vosotros, existen otros más libres y asequibles que pueden aplicarse á los usos de la vida ó al gobierno de la República. Esas ciencias de que hablabamos, si para algo sirven, es para ejercitar y aguzar el ingenio de los jóvenes, disponiéndolos para que aprendan con más facilidad cosas más graves.

TUBERÓN.—Opino como tú, Lelio; pero te pregunto: ¿qué estudios más graves son esos?

LELIO.—Te lo diré, á fe mía; aunque tal vez te burlarás de mí, porque tú eres quien ha propuesto á Scipión esa controversia sobre un fenómeno celeste, cuando entiendo yo que importa mucho más ocuparnos de lo que tenemos delante de los ojos. ¡Cómo! ¿el nieto de Paulo Emilio, sobrino del Africano, el miembro de familia tan distinguida, el ciudadano de tan gran república, pregunta por qué se han visto dos soles y no pregunta por qué vemos hoy en una sola república dos senados y casi dos pueblos? Porque, como veis, la muerte de Tiberio Graco, y antes todos los actos de su tribunado, han dividido al pueblo en dos bandos; los detractores y envidiosos de Scipión, excitados primero por P. Crasso (1) y Appio Claudio,

(1) Cicerón, que en sus obras tan pronto ha alabado, tan pronto vituperado la empresa de los Gracos, habla en otra parte de este P. Crasso, que fué con su hermano Mucio Scévola consejero de Tiberio Graco y el inspirador de las leyes agrarias: en este mismo pasaje le da el título de varón sabio y muy ilustre.

no desisten, después de la muerte de estos dos jefes, en mantener la hostilidad de una parte del Senado contra nosotros, capitaneándolos Metelo y Mucio; agítanse los aliados; los latinos se sublevan; viólanse los tratados; triunviros sediciosos remueven diariamente sus intrigas; en todas partes se encuentran amenazadas las fortunas de los hombres honrados; por doquier nos rodean peligros, y al único que podría conjurarlos no se le deja combatirlos. Así, pues, oh jóvenes, si habéis de creerme, no os preocupéis del segundo sol, que, ó es apariencia vana, ó prodigio del que nada tenemos que temer: no esperéis que consigamos jamás descubrir esos misterios, ó que su descubrimiento pueda hacernos mejores ó más dichosos; pero la armonía del Senado, la concordia en el pueblo, son cosas posibles, y cuya pérdida constituye calamidad pública; vemos y tocamos esta desgracia y estamos convencidos de que, reuniendo nuestros esfuerzos, viviríamos mejor y con mayor ventura.

MUCIO.—¿Qué debemos aprender, oh Lelio, para poder hacer lo que pides?

LELIO.—Las ciencias que tienen por objeto hacernos útiles á la República; porque, en mi opinión, este es el uso mejor de la sabiduría, la muestra más clara de virtud y el primer deber de la vida. Así, pues, para dedicar estas ferias á conversaciones utilísimas para la República, roguemos á Scipión nos explique cuál es, á su juicio, la mejor forma de gobierno. En seguida examinaremos otras cuestiones, y cuando queden su-

ficientemente aclaradas, espero que volveremos por camino natural al grave asunto que nos ocupa, y podremos juzgar con seguridad la situación presente.

Filo, Manilio y Mucio aprobaron en seguida lo propuesto.....

(Faltan dos páginas.) (1).

.....como si nadie pudiese presentar otro modelo de la república..... (Diomedes, lib. I.)

.....Así, pues, te rogamos hagas descender del cielo tu discurso á esta tierra que nos sostiene. (Nonius, II.)

LELIO.—Me he dirigido á tí, en primer lugar, porque pertenece naturalmente al primer ciudadano de la república hablar de ella; en segundo lugar, porque recuerdo has tenido frecuentes conversaciones sobre esta materia con Panecio y delante de Polibio, los dos Griegos más entendidos en asuntos políticos; y que después de muchas observaciones y reflexiones, llegaste á deducir que de todas las formas de gobierno la que nos dejaron nuestros antepasados es indudablemente la mejor. Preparado como lo estás en este asunto, nos será muy grato á todos (porque en nom-

(1) Tal vez en estas dos páginas que faltan daba Scipión una respuesta, á la que replicaban sus amigos con nuevas instancias. Se conoce efectivamente en la continuación del texto que Lelio ha tomado la palabra y que apremia á su ilustre amigo para que explique estas grandes cuestiones que, en su opinión, tiene derecho á juzgar con exactitud.

bre de todos hablo) si nos expones lo que piensas acerca de la República.

SCIPIÓN.—No puedo negar que en ningún asunto de meditación se ha ocupado más asidua y diligentemente mi espíritu que en este que me propones, oh Lelio. Y á la verdad, si en todas las profesiones el artífice, aquel que sobresale, piensa, cuida y no tiene otra ocupación que perfeccionarse en su arte, ¿no sería culpable de negligencia, cuando mi única carrera, á ejemplo de mi padre y de mis abuelos, es cuidar de los asuntos públicos y dirigir los negocios de la República, si no atendiese al arte más importante de todos con más cuidado que emplean los artesanos en sus humildes oficios? Pero no me satisfacen las obras políticas que nos han dejado los varones más eminentes y sabios de Grecia, ni tampoco me atrevo á preferir mis propias opiniones á las suyas. Ruégoos, pues, que me escuchéis, no como á quien desconoce completamente los libros griegos, ó como á quien comete el error de anteponerlos, sobre todo en esta materia, á nuestras antiguas máximas, sino como á un Romano que debe á los cuidados de su padre educación liberal (1), que desde la infancia alentó con ve-

(1) «Después de la derrota de Perseo, dice Plinio, habiendo pedido Paulo Emilio á los Atenenses que le enviasen el filósofo más apreciado para educar á sus hijos y el pintor más hábil para representar su victoria, los Atenenses eligieron á Metrodoro, asegurando que él solo satisfaría sus dobles deseos, juzgando lo mismo después Paulo Emilio.

hemencia el deseo de aprender, y á quien la experiencia y enseñanzas domésticas instruyeron mucho más que los libros.

FILO.—Convencido estoy, á fe mía, Scipión, de que es imposible tener más ingenio que tú, y que nadie te iguala en experiencia de los asuntos más importantes de la República; sabemos, además, cuál fué siempre tu pasión por los estudios. Así, pues, desde el instante en que nos aseguras que has dedicado tu entendimiento á estas observaciones y difícil arte, tengo que dar cordiales gracias á Lelio, porque espero que tus palabras nos han de ilustrar más que todos los escritos de los Griegos.

SCIPIÓN.—Te prometes demasiado de mi discurso, y de esa manera echas pesada carga sobre quien tiene que hablar de cosas tan graves.

FILO.—Por grande que sea la dificultad, tú la vencerás, como de costumbre, y no es de temer que, hablando de la República, te falten ideas.

SCIPIÓN.—Procuraré, en cuanto pueda, dejar satisfechos vuestros deseos, y comenzaré ateniéndome á la regla que creo debe observarse en toda discusión, si se quiere evitar el error; regla que consiste en explicar con precisión lo que significa el nombre del objeto discutido, cuando este nombre está fijado ya; una vez de acuerdo sobre este punto, se debe entrar en materia, porque nunca podrá conocerse cómo ha de ser aquello de que se controvierte, si antes no se comprende qué es. Así, pues, teniendo que hablar